

La caricia al universo

De niña, me habían enseñado a orar. Me gustaba tanto que sin esfuerzo y sin que nadie me lo recomendara, oraba todos los días, le oraba a María, mi Dama, la madre, la protectora de la vida. En realidad no oraba, preguntaba y agradecía (¿pero quizás orar sea eso?) Me gustaba especialmente dar gracias porque era bueno, era como una caricia que hace uno mismo hacia los otros y que se puede ampliar hasta el infinito. Yo la llamaba « la caricia al universo ». Oré durante muchos años, y por ello mismo, agradecí todos los días.

Luego me alejé de esos dogmas moralistas, vengativos y violentos. Suspendí toda práctica y toda búsqueda por ese lado, no me daba cuenta que perdía un bien precioso: mi ritual cotidiano de agradecimiento.

De joven adulta, tuve la enorme oportunidad y privilegio de recibir la Mirada Interna: cuanta emoción leyendo estas líneas: *Cuando encuentres una gran fuerza, alegría y bondad en tu corazón, o cuando te sientas libre y sin contradicciones, inmediatamente agradece en tu interior...*

¡Pero claro! ¡Era evidente! No necesitábamos ningún icono externo para agradecer. ¿Pero qué era entonces "agradecer en su interior"? ¿Se podría así alcanzar el universo? ¿Encontraría ese registro de mi infancia a la vez tan suave y tan amplio? En todo caso, había un guía, se nos indicaba "qué agradecer" y aun "desde dónde agradecer".

A partir de entonces, me puse a agradecer todo y todo el tiempo, desde la más pequeña anécdota cotidiana hasta las grandes revelaciones del camino de la vida. Casi simultáneamente, establecía una nueva relación con mi guía interior y fundaba naturalmente mi relación sobre el agradecimiento, tan intuitivamente como lo había hecho durante mi infancia.

Esos agradecimientos se acumulaban, se habían vuelto alimento para mi alma, alimento tan liviano y vital como el aire. Experimentaba también lo que Silo sugería, íntimamente relacionado con el agradecimiento: *Cuando te suceda lo contrario pide con fe y aquel agradecimiento que acumulaste volverá convertido y ampliado en beneficio.*

Las respuestas experimentadas eran tan suaves como plumas e inmediatamente me recordaron los registros de mi infancia, la sensación de caricia, pero ésta vez esos registros parecían proceder de un universo aún más grande.

Con la ayuda del guía interior, profundicé entonces el Agradecimiento. Ahora se trataba de poder agradecer hasta la dificultad misma. Esto tomó varios años. Y tuve primero que salir de situaciones complicadas y conflictivas para estar en condiciones de tomar distancia, volver a mi interior y ser capaz de agradecer el aprendizaje o la lección.

Esta experiencia se amplificó aún más durante la enseñanza que representa la Disciplina simultáneamente con la práctica del Mensaje (Silo nos había recomendado de preguntarnos cada mes cómo hemos crecido frente a las dificultades). Tenía tanto que agradecer en el corazón que a menudo tenía que

expresárselo también a otros. Pero me solía ser difícil traducir correctamente al mismo tiempo la fuerza y la suavidad con las que registraba esta "cosa" finalmente extraña.

"Cosa extraña" porque constataba que aunque se tratara de un acto mental era también una imagen (con frecuencia cenestésica en su expresión más poderosa) de síntesis y un sentimiento, a veces esto también me llevaba a un "estado" particular, a una estructura de conciencia alterada, que me mostraba regiones luminosas donde lo que reinaba era la compasión.

En 2005, durante un retiro de Escuela al cual Silo me había invitado, aunque yo todavía era discípula, entré en la obsesión de agradecerle. Ya lo había hecho mil veces, en todas las ocasiones y en distintas formas: por escrito, directamente verbalmente y en mis sueños. Estos agradecimientos eran siempre profundos y sinceros. Pero esta vez, algo me sobrepasaba, algo que no me explicaba buscaba salir de mí. Era necesario (ignoraba el por qué) AGRADECER A SILO y ese agradecimiento, que no era mío sino de la humanidad, tenía que llegar a su corazón.

« ¡Qué pretensión Señora! », me gritaba mi « yo » esforzándose en persuadirme renunciar.

Pero el sentimiento era más fuerte que el "yo".

Entonces aproveché de un café que él me había acordado donde los temas tratados fueron tan grandes, tan profundos y tan trascendentales que mi conciencia pasó de una ardiente agitación al "lugar" exacto desde donde sentía esa "caricia hasta el universo".

De repente, mientras caminábamos lentamente, me di vuelta hacia él; yo temblaba, ya atravesada por esa onda que reconocía pero de la cual ignoraba hasta ahora su potencia.

« Silo, Maestro, es preciso que te diga... Te acuerdas hace 5 años, habíamos tomado un café y habíamos ya hablado de la muerte y no supe, en ese momento... »

Balbuceaba un poco, la mirada profunda del Maestro me penetraba, supe que él sabía lo que yo sentía, pero ésta situación no podía limitarse a esto, justamente como hacía cinco años.

Entonces sin pensar, tomé sus manos y sentí salir de mí como un Himno de Reconocimiento: himno a su venida, a su presencia, a sus escritos, a sus enseñanzas, a su gran paciencia, a su enorme bondad...

Más sus ojos brillaban, más tenía yo la sensación de ser llevada, y aunque él dijo: "¡Claudie, no hagas eso!..." » El temblor de su voz dejaba aparecer su emoción, me llené de un amor inmenso y fue como si me pusiera al lado de mí misma para dejar hacer lo que estaba ocurriendo. Sentí en mi espalda como mil hilos de plata que me conectaban a cientos y cientos de rostros amigos y desconocidos, como si todos quisieran también penetrar en el canal abierto.

« Silo, no soy yo, escucha, son ellos, nosotros, todos nosotros, ellos todos, los que son guiados hoy y también todos los que han sido despertados del pasado de su olvido milenario, aquellos del futuro que seguirán este impulso... »

Y una enorme fuerza brotó desde detrás de mí, me atravesó en pleno corazón, descendió a lo largo de mis brazos y la sentí vibrar en mis manos, depositándose en las del Maestro... En retorno, sentí una Dulzura tan profunda, una delicadeza tan grande que perdí toda capacidad de articular palabras.

Entonces deseaba fervientemente que un inmenso y eterno GRACIAS saliera de mis ojos y se quedara para siempre en el alma del Maestro, que él supiera y sintiera para siempre cómo lo humano le agradecía.

En ese preciso momento, "yo" desaparecí. Guardo en reminiscencia solo una luz intensa, fosforescente.

Cuando "yo" vine a mí, las lágrimas brillaban en los ojos del Maestro y brotaban en los míos. Yo estaba profundamente conmovida, destabilizada...

Pero en el instante siguiente, me puse a agradecer al Agradecimiento mismo: había experimentado que él era predisposición, que él era entrada a un estado de conciencia alterado, y que era también un procedimiento de ascesis hacia algo trascendental.

Claudie Baudoin
Grotte, Italia, 21 de octubre del 2013